

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA
VUELTA POR ESPAÑA.

Madrid.
Toledo.
Ciudad-Real.
Cuenca.
Guadalajara.
Zaragoza.
Huesca.
Teruel.
Barcelona.
Tarragona.
Lérida.
Gerona.
Valencia.
Alicante.
Castellón.
Murcia.
Albacete.
Córdoba.
Jaén.
Granada.
Almería.
Málaga.
Sevilla.
Cádiz.

Huelva.
Badajoz.
Cáceres.
León.
Salamanca.
Zamora.
Oviedo.
Burgos.
Valladolid.
Palencia.
Ávila.
Segovia.
Soria.
Logroño.
Santander.
Álava.
Guzpúzcoa.
Vizcaya.
Coruña.
Lugo.
Orense.
Pontevedra.
I. Baleares.
Navarra.

VIAJE
HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,
RECREATIVO Y PINTOESCO.
HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA
EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS
Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.
VIAJE RECREATIVO Y PINTOESCO

ABRAZANDO:
las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad,
establecimientos balnearios,
produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA
CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:
los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.
Y ESCRITA
EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA
calle de Robador, n.º 24 y 26.

1874.

ISLA
DE CUBA.

ISLAS
CANARIAS.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

L47
2962

PROVINCIA DE BARCELONA.— Entregas 71 á 74.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS

PHYSICS DEPARTMENT

- Pues bien, sea como vos queráis.
- ¿Quién se opone á la realizacion de ese designio vuestro?
- La reina D.^a Leonor.
- ¿Y la aborreceis?
- Mucho.
- Es decir, que os causaria placer presenciar su tormento.
- Si fuérais capaz de conseguir semejante triunfo ¿que pudiérais pedirme que no tuviérais concedido de antemano?
- ¿Ama la reina á su esposo?
- Con estremo.
- ¿Y creéis que haya en mí encanto suficiente para fascinar al rey?
- ¡Oh! harto lo ha dicho la mirada que mi hermano os ha dirigido hoy.
- Está bien. Haced de modo que venga á verme vuestro hermano.
- ¿Y confiais?...
- Suerte habeis tenido en que el azar me haya puesto en vuestro camino.
- Yo bendigo ese azar que tanta ventura va á ofrecerme.
- Ahora me toca á mí pedir os que me ayudeis.
- Decid.
- Vengo en busca de un caballero.
- ¿Le amais?
- ¡Oh! lo ignoro. Hay momentos en que le adoro, hay otros en que cien vidas que tuviera no fueran bastantes á saciar mi sed de venganza.

Y el acento de D.^a Juana vibró de tal manera y su rostro tomó una expresion tan implacable de odio, que D. Juan no pudo menos de estremecerse.

- ¿Cómo se llama? preguntó.
- Es catalan, y se llama D. Galceran de Tous.
- ¿Y decís que está aquí?
- Sí por cierto.
- Malas noticias hubisteis, que en Nicosia, caballero de tal nombre, no existe.
- Sí tal; mi corazon está gritando que se encuentra cerca de mí.
- Paréceme, señora, que vuestro corazon se engaña.
- Seria la primera vez.
- No sé que deciros.
- ¿No hay aquí algun caballero catalan ó aragonés?
- Uno solo.
- ¿Y se llama?...
- Arnaldo de Entenza.
- Preguntadle.
- Si es casi un niño y vino aquí de paje de D.^a Leonor; ¿qué quereis que sepa?
- Preguntadle, sin embargo.
- Lo haré por serviros; mas estad cierta que nada podremos adelantar.
- Haced cuanto mejor os plazca. Mi corazon me dice que está cerca de mí, que se

halla en Nicosia, y tened presente como ya os he dicho, que mi corazon no me ha engañado jamás.

—Confiad en mí.

Pocas frases se cruzaron ya entre los dos personajes.

Uno y otra se habian dicho cuanto necesitaban.

Ambos podian servirse recíprocamente, y para ellos no existia nada mas que el mútuo interés.

D. Juan salió de casa de la dama satisfecho con el resultado de su entrevista.

Efectivamente en Francia habia tenido ocasion de saber todo lo que esta valia, y en mas de una ocasion habia deplorado la falta de una mujer semejante en Nicosia para el mejor logro de sus perversos fines.

Ayudado por Juana estaba seguro de triunfar.

Oscura la noche, avanzada ya y no muy seguras las calles de la ciudad, D. Juan adelantaba con alguna precaucion en direccion al alcázar.

De pronto, le pareció que á corta distancia de él se agitaba alguna cosa.

D. Juan no era cobarde, y asegurándose de que su espada jugaba perfectamente, avanzó con resolucion en la direccion de aquel objeto.

Este no parecia esquivar su aproximacion.

Por el contrario, se acercaba tambien á él.

—¡Alto! ¿Quién va? — preguntó el hermano del rey.

—Noble caballero, — repuso un acento dolorido, — apiadaos de mí; véome enfermo y desvalido y no tengo albergue ni pan.

—Mala hora ha escogido el mendigo para sus lamentaciones, dejadme en paz.

—Por piedad, señor.

D. Juan volvió á emprender su marcha mientras que el mendigo continuaba:

—No tengais mal corazon; ved que de todo carezco, mientras que á vos todo os sobra.

De pronto se detuvo D. Juan.

Tal vez se le habia ocurrido alguna idea, porque se volvió hácia el mendigo y le dijo:

—Acércate.

Obedeció aquel, y cuando estuvo á corta distancia preguntóle D. Juan.

—¿De dónde eres?

—De muy lejanas tierras, señor.

—¿Y cómo has venido aquí?

—Fuera larga de contar mi historia de desdichas. Soldado de aventura, en las guerras que el señor rey D. Pedro sostuvo contra los turcos, peleé bajo su mando. Terminó la guerra, caí enfermo, gasté mis pobres ahorros, y héme aquí sin patria, sin amigos,

sin recursos y sin salud, pidiendo á Dios, ó que me depare un corazon generoso y noble que se apiade de mí, ó á la muerte que ponga término á mis dolores.

—Pero aun no me has dicho de donde eres.

—De Aragon, señor.

—¿De Aragon, has dicho? — exclamó D. Juan con acento indefinible.

—Y no os engaño, señor.



—¿Y serias capaz de servirme bien si yo te sacara del estado en que te hallas?

—Haré cuanto me mandeis.

D. Juan reflexionó algunos segundos y al cabo de ellos dijo:

—Sígueme.

El mendigo no se hizo repetir la orden.

D. Juan emprendió de nuevo su marcha y poco despues penetraba en el palacio que habitaba á no muy larga distancia del alcázar.

—Llevad á ese hombre á las cocinas, — dijo D. Juan á los criados — y saciad su hambre. Despues ya os avisaré cuando le habeis de conducir á mi presencia.

Y en voz mas baja añadió á uno de sus escuderos:

—No le pierdas de vista.

El aspecto que el mendigo ofrecia , no hablaba nada en su favor.

Una enorme cicatriz cubria parte de su rostro ; uno de sus ojos desaparecia bajo un súcio parche sujeto con una venda que le rodeaba la cabeza , un espeso y enmarañado bosque de cabellos rubios , ásperos y empolvados , apenas se encubria bajo una rota y mugrienta caperuza , y el resto de su traje eran andrajos con los cuales mal encubria la desnudez de su cuerpo.

Apoyábase en dos nudosos y toscos bastones , y sus piés calzaban unas destrozadas abarcas.

Siguió á los criados que contemplaban con insolente curiosidad al mendigo , mientras que D. Juan se dirigia á su cámara , donde despojándose de sus armas y despidiendo á sus pajes y escuderos , quedóse solo un buen espacio.

Meditaba acerca de lo que acababa de pasar , y sin duda el resultado de su empresa debia satisfacerle , por cuanto se sonrió con cierta complacencia , murmurando :

— ¡ Guay de tí ! reina de Chipre , verémos ahora á donde alcanza tu poder ,
Poco despues daba órden para que el mendigo fuese conducido á su presencia.
No tardó este en presentarse.

Su rostro expresaba cierto bienestar , hijo sin duda del buen trato que recibiera en la cocina.

Detúvose en la puerta del aposento en respetuosa actitud , mientras D. Juan le contemplaba fijamente.

Su perspicaz mirada trataba de leer en aquel corazon.

Pero inútilmente. La fisonomía del mendigo no dejaba ver otra cosa que el respeto por el buen trato de que habia sido objeto y la satisfaccion del hombre que habia saciado su hambre.

Fuera de esto , era imposible adivinar nada mas en aquel rostro.

D. Juan hubo de convencerse de que no adelantaria nada mas con su exámen , porque murmuró :

— Un imbécil mas.

Sin embargo , quiso tentar un último recurso y dijo :

— Acércate.

El mendigo obedeció y continuó su interlocutor :

— ¿ Cómo te llamas ?

— Jaime , señor.

— ¿ Y te hallas dispuesto á servirme ?

— Mandadme y os obedeceré.

— ¿ Eres discreto ?

— Ponedme á prueba.

— Yo necesito que mis servidores sean mudos , astutos y diestros.

— Lo seré.

— Te advierto que podré darte encargos donde el peligro y tal vez la muerte , puedas encontrar.

—Desde niño acostumbréme al peligro y he jugado mi vida muchas veces en los campos de batalla.

—¿Quieres ganar algunas doblas?

—Ha mucho tiempo, señor, que no he visto una sola entre mis manos.

—Yo puedo darte cuantas quieras.

—¡Oh! hablad.

Y en los ojos del mendigo brilló de tal manera la codicia, que D. Juan no pudo menos de sonreirse con satisfaccion.

—Ya tengo hombre, — murmuró.

—Es necesario saberlas ganar, — añadió en voz alta.

—Decidme que he de hacer.

—A su tiempo lo sabrás. Antes reflexiona que los que se hallan junto á mí tienen constantemente su vida en peligro; que no pueden retroceder ante ninguna de las comisiones que les confío; que premio con largueza pero que castigo con la muerte al que me engaña. Si bajo estas condiciones te conviene servirme, quédate; si no, franca tienes todavía la puerta para marcharte. La torpeza, la imbecilidad ó la negligencia las castigo del mismo modo que la mala fe. Obra ahora cual te plazca.

—A todo me avengo.

—Ve que arriesgas mucho.

—Seguro estoy de complaceros.

—¿Lo has pensado bien?

—Páreceme que os convengo.

—Sea en buen hora y de tí depende el hacer tu suerte.

—Así lo creo; otro mas diestro que yo, dificilmente podréis hallar.

—Mucho lo presumes.

—Vos mismo juzgaréis.

—Está bien, véte fuera que ya daré órdenes para que mis mayordomos sepan lo que han de hacer contigo.

Salió Jaime del aposento despues de haber saludado respetuosamente á su señor, y poco despues este daba órdenes á sus criados para que se procurasen ropas mas decentes al mendigo, á quien desde aquel momento debia considerarse como á uno de sus servidores.

Al dia siguiente, D. Juan hizo entrar á su presencia al mendigo.

Este, transformado merced al traje que su nuevo dueño le proporcionara, habia ganado bastante á pesar de que la extensa cicatriz que le atravesaba el rostro, y aquel parche sobre el ojo, continuaban dando á su fisonomía cierta patibularia apariencia que predisponia muy poco en su favor.

Contemplóle el príncipe con cierta satisfaccion y haciéndole que se aproximara, le dijo :

—Vamos, ha llegado el momento de poner á prueba tu destreza.

—Mandadme, señor, ya os he dicho que dispuesto me hallo á serviros.

—¿Ha mucho tiempo que faltas de tu pais?

— Cinco ó seis años solamente.

— ¿Conociste en él al infante D. Pedro?

— Quien no conociera al mas noble caballero, al mas honrado y al mas leal de los señores de aquellos reinos.

— ¿Con qué le conoces?

— Y mucho.

— ¿Servístele acaso?

— He peleado en su hueste cuando no habia trocado todavía su armadura de soldado por el hábito del fraile.

— ¿Conocerías tambien á su hija, la actual reina de Chipre?

— Mas de una vez delante de su hacanea en los bosques de nuestro país, he separado las malezas que crecian en los senderos.

— Es decir que ella te reconoceria al verte.

— No lo sé.

— ¿Por qué no has intentado presentarte en el alcázar y demandar su proteccion?

— He temblado siempre, señor; en el tiempo de que hablo, D.^a Leonor era solamente infanta de Aragon y yo un soldado no desfigurado como hoy por las armas de mis enemigos; hoy D.^a Leonor es reina de Chipre y de Jerusalem, y yo me encuentro completamente desconocido.

— Pero al darte á conocer á ella podrás evocarla ciertos recuerdos que te identifiquen á sus ojos, ¿no es cierto?

— Si quiere recordar.

— ¡Oh! si tal; precisamente D.^a Leonor no desatiende á ningun desdichado. Su corazon es tan noble como es hermoso su semblante.

Fue tal la entonacion que dió D. Juan á estas palabras, vibró de tal manera su acento, que Jaime no pudo menos de mirarle sorprendido.

Era tal la ironía que respiraba aquel elogio, que en sus labios revelaba al menos observador, lo inmenso del odio que abrigaba respecto á la que así acababa de elogiar.

D. Juan comprendió sin duda que se habia dejado llevar demasiado de su sentimiento y tratando de disimular, prosiguió:

— No te extrañe la expresion de mi acento porque no estamos en buena armonía la reina y yo, mas sin embargo, negar no puedo los bellos sentimientos de su alma.

— ¿Y cómo ha podido, siendo tan buena, ofender á Vuestra Señoría?

— Misterios son esos que ni tú puedes comprender ni debes penetrar; yo he satisfecho tu hambre y cubierto tu desnudez, te he dado hogar y pan, y tu deber es el de servirme.

— Deber que cumpliré siempre, señor.

— Entre D.^a Leonor y yo existe un odio de muerte.

— ¡De muerte!

— Si tal; pero juro por mi nombre que sabré vencerla y todos los que en mi empresa me hayan servido, no tendrán por qué arrepentirse de haberlo hecho.

—Yo suplico á Vuestra Señoría que me cuente en el número de esos servidores leales.

—De ti depende.

—Deseo ya demostraros, señor, mi astucia y mi destreza, mandad y comprendéis que sé obedecer.

—Está bien. Es necesario que busques un medio para entrar en el alcázar.

—Entraré.

—Mucha seguridad abrigas.

—¿No ha dicho Vuestra Señoría que tan fácilmente se penetra en él?

—Es que tú tienes que entrar en el alcázar no en demanda de un socorro.

—He dicho á Vuestra Señoría que entraria en el alcázar y entraré.

—¿Qué medios piensas emplear?

—Los ignoro en este momento. Decidme, si os place, lo que he de hacer allí.

—Has de ver á la reina.

—La veré.

—Has de fingirte enviado de su padre.

—Entiendo, señor; tratis de que gane su confianza.

—No.

—¿Entonces?...

—Haz de procurar que crea en tí para que pueda recibir sin recelo alguno un relicario que de parte de su padre la entregará.

—Comprendo.

Y algo de terrible pasó por el semblante de Jaime que le hizo retroceder un paso y que pudo dominar, sin embargo, instantáneamente, antes de que su señor pudiera apercibirse.

Algunos momentos de silencio se siguieron á las palabras pronunciadas por Jaime.

Quizás cada uno de los dos personajes procuraba leer recíprocamente en el fondo de su pensamiento.

Al cabo de un buen espacio, preguntó Jaime:

—¿Y cuándo le place á Vuestra Señoría que entre en el alcázar?

—Cuando quieras, mejor dicho, cuando puedas; lo mas pronto posible.

—Mi palabra os doy, señor, de que entraré y cumpliré vuestro encargo.

—Y yo de contarte, cuando lo hayas realizado, medio cuento de doblas de oro.

—Eso es una fortuna.

—Así premio á los que me sirven bien.

—Dadme el relicario.

—Guárdate bien de abrir la bolsa en que está encerrado.

—Presumo desde luego que allí está la muerte y ya puede Vuestra Señoría permanecer tranquilo, que estimo en mucho mi existencia.

—No olvides tampoco que la traicion jamás obtiene misericordia de mí.

—Lo sé.

—Enterado te hallas de todo y espero que por tu propio bien me sirvas.

— Descuidado puede estar Vuestra Señoría, que ó pierdo la vida en la demanda, ó el relicario llegará á su destino.

Poco despues, el príncipe D. Juan entregaba á Jaime un objeto cuidadosamente envuelto en una bolsita de seda con las armas de Aragon.

Recibióle Jaime con grandes precauciones, guardóle cuidadosamente, y á poco, salia de la cámara de su señor.

Inmediatamente llamó este á uno de sus escuderos.

— Inmediatamente que ese hombre, — le dijo, — salga á la calle, ponte en su seguimiento y ven á decirme donde ha ido.

El escudero salió de la estancia y sin perder de vista un momento á Jaime, tan luego salió este del palacio de D. Juan, pusóse á seguirle.

— ¡ Ah! príncipe D. Juan, — murmuró Jaime apenas se vió en la calle, fijando una mirada indescribible en el edificio que acababa de abandonar, — frente á frente nos hallamos y paréceme que no he de ser yo quien quede vencido.

Continuó andando un buen espacio, cuando al volver la cara casualmente, fue á tropezar su mirada con el escudero que D. Juan enviara en su seguimiento.

La primera vez no hizo caso alguno, mas cuando por dos veces y en distintos puntos le vió, sospechó que era seguido y se detuvo un breve espacio murmurando.

— Ahora lo comprendo perfectamente; el príncipe desconfía de mí y me hace espiar. Asegurémonos mejor.

Y cambiando súbitamente de direccion penetró por nuevas calles, observando con el mayor disimulo si era seguido.

Su presuncion no le habia engañado.

El escudero continuaba detrás de él aun cuando á larga distancia.

Entonces ya no le quedó duda alguna.

— Es necesario hacerle comprender que verdaderamente voy á cumplir su encargo, marchémonos hácia el alcázar, que Guillen debe estar impaciente ya.

En consecuencia de este acuerdo volvió á emprender la direccion del alcázar á donde llegó en breves momentos.

Á las puertas de él habia un grupo de soldados.

Jaime se aproximó á ellos y dirigiéndose á uno en particular, le dijo :

— Guillen, necesito hablar contigo.

Separóse el soldado inmediatamente y cuando estuvieron á alguna distancia de los demás cambió por completo la actitud de Guillen, que con acento respetuoso exclamó :

— ¡ Por la santa Virgen de Monserrat! que ya nos hacíais estar con cuidado, señor.

— Por tu vida, Guillen, suprime esas muestras de respeto, que va en ello mi existencia.

— ¿ Qué quereis decir ?

— Que estoy espiado, que nos observan y que necesito penetrar en el alcázar inmediatamente.

— Pero...

— ¿ No tiene otra salida el alcázar ?

—Si tal; no una, tiene varias.

—Pues bien, necesito salir por cualquiera de ellas.

—Seguidme, si os place.

Momentos despues, Jaime penetraba con el soldado en el alcázar.

El escudero que habia estado espiándole, permaneció todavía un buen rato viendo á ver si salia, y sospechando que su mision estaba cumplida, abandonó aquel sitio regresando á dar cuenta al príncipe de lo que habia visto.

Entretanto, Jaime avanzaba por el interior del edificio guiado por Guillen.

—Graves peligros nos cercan, —decia el mendigo á su guia, —nuestros enemigos son astutos y están resueltos á obrar con energía, felizmente el cielo nos ha traído á tiempo de poder desbaratar sus inicuos planes.

—Si al menos pudiera yo estar á vuestro lado...

—Estás bien donde te hallas. Vigila sin cesar; si hay álguien que trate de comprarte acepta y dime de lo que se trata.

—Pero, ¿donde he de buscaros, señor?

—En el palacio del príncipe D. Juan.

—Gracias al cielo, que al menos sé donde os hallais.

—¿Has podido averiguar algo de D.^a Juana?

—Nada mas sino que soldados y caballeros, todos se hacen lenguas de su hermosura.

—¿No ha vuelto á palacio?

—No tal; segun oí á mis compañeros, desplácenle á la señora reina las nuevas que tiene respecto á D.^a Juana y no se cuidó gran cosa en recatar su disgusto el día de su presentacion en la corte. Con este motivo parece que no están en muy escelentes relaciones.

—Y así tiene que ser, —repuso Jaime cual si hablara consigo mismo, —la virtud jamás puede avenirse con el vicio.

Conforme habian ido hablando llegaron á una de las puertas de que Guillen hablara á Jaime.

Este la franqueó y poco despues se hallaba en una calle solitaria.

Cruzó algunas mas, alejándose siempre del centro de la ciudad, y bien pronto se encontró en un mezquino callejon, donde habia una casa mas mezquina todavía.

Cerrada la puerta de la calle y cerradas tambien las dos ventanas que se destacaban en la fachada, la casa hubiera parecido totalmente desierta á no ser porque estaba abierto una especie de ajimez que se veia en una torrecilla alta y estrecha que se alzaba en un ángulo y por el humo negruzco y espeso que se escapaba por la chimenea que habia en el tejado.

Jaime llamó á la puerta de una manera convenida tal vez con los habitantes de la casa, porque la puerta giró inmediata y silenciosamente sobre sus goznes, volviéndose á cerrar apenas la hubo pasado el mendigo.

Subió este algunos desvencijados escalones y penetró, por fin, en una habitacion que correspondia, segun su figura, á la torrecilla de que hemos hecho mencion.

Inclinado ante un hornillo donde se veía puesto un crisol, se hallaba un hombre de mediana edad, de aspecto noble y simpático.

En el centro de la estancia había una mesa llena de redomas, esferas y pergaminos, y en las paredes, sobre los toscos estantes, retortas, crisoles y algunos objetos cabalísticos.

Al ver aparecer á Jaime, el nigromante, pues tal lo parecía el inquilino de aquella extraña vivienda, espresó en su rostro una satisfacción extraordinaria, diciendo:

— ¡Loado sea Dios! amigo mio. Al fin habeis venido.

— ¿Creiais que me habian muerto, amigo D. Mendo?

— No tal; que ayer mismo interrogué á la ciencia y me dijo que viviais.

— ¿Y nada mas?

— Añadióme tambien que habiais encontrado un protector. Vos me diréis si eso es verdad.

— Lo es.

— Ya veis como la ciencia no miente. Vos que os habeis empeñado en no creer en ella, no tendréis otro remedio que someteros á la evidencia.

— Proseguid diciendo todo lo que vuestra ciencia os ha revelado y cuando hayais concluido, os diré si creo en ella.

— Estais corriendo un peligro muy grave.

— Eso lo sabiais tanto como yo.

— Es que hay algo mas que vos no sabeis; ese mismo protector con quien contais es vuestro principal enemigo, ese hombre os matará.

— ¿Qué decis? — exclamó Jaime no pudiendo dominar un ligero estremecimiento.

— La verdad, señor. Es necesario que á todo trance eviteis el permanecer por mas tiempo en contacto con ese hombre.

Jaime pareció reflexionar algunos instantes.

Al cabo de ellos dijo:

— Y de ella ¿no ha dicho nada vuestra ciencia?

— ¿De cuál?

— ¿Cómo de cual? ¿Puede haber otra que la reina?

— Si tal; hay dos mujeres que egercen una influencia terrible en vuestro destino.

— ¡Dos mujeres! ¿Quiénes son?

— La primera es la señora reina.

— Suprimid, si os place, el nombrarla. Los ángeles se ofenden cuando los mortales pronuncian sus nombres. ¿Quién es la otra?

— D.^a Juana, — murmuró con voz sorda Mendo.

— ¡D.^a Juana! ¿Qué hace?

— Tratar de perderos.

— ¿Pero cómo? ¡Oh! Mendo, por piedad descubrid, interrogad á esa ciencia y decidme lo que esa mujer está haciendo.

— Basteos saber que se ocupa en vuestra contra.

— ¡Oh! mentida ciencia, ¿de qué sirve si no puede, si no alcanza á precisar el

riesgo que me amenaza? ¿para que decirme que estoy en peligro, si ignoro los medios que debo emplear para precaverle? ¡Oh! callad Mendo, callad, no habéis de esa ciencia que no sirve mas que para producir nuestra mayor desesperacion.

— Estais, señor, terriblemente alucinado y no quereis ver. La ciencia no puede detallar, la ciencia habla en sentido absoluto y no descende á particularidades, sujetas á circunstancias puramente accidentales. La ciencia anuncia el peligro y no se engaña jamás, pero no puede descender á deciros, «guardaos de un muro que puede desplomarse al pasar junto á él; evitad la encrucijada donde os aguardan los asesinos, no bebais el vino que os presentan porque allí se esconde el veneno que os ha de arrebatara la existencia,» porque eso es hijo de la voluntad, de las circunstancias, de las ocasiones; pertenece al mecanismo de las acciones humanas y la ciencia no puede prevenirlas. Harto hace que os avisa. Veis la tempestad, adivinais que el huracan viene con ella, que el rayo está encerrado en su seno, y sin embargo, ni sabeis porque lado podrá el huracan haceros vacilar, ni sabréis evitar el rayo. La ciencia es lo mismo, os anuncia el peligro, á vos toca el prevenirle.

— Está bien; hablemos de otra cosa.

— Decid.

— Aquí llevo un objeto que ha de producir la muerte, explicadme los síntomas que han de caracterizar los efectos que debe producir.

— Dadme.

Jaime sacó entonces de su seno la bolsa que le habia dado D. Juan.

Fue á cogerla Mendo, pero Jaime le detuvo, diciendo:

— No cometais la imprudencia de abrirla sin adoptar algunas precauciones, pues la aspiracion de lo que se encierra dentro debe ser mortal, segun he podido comprender.

— No paseis temor, — repuso Mendo sonriéndose, — ha tiempo que acostumbré mi organismo á toda clase de venenos. Dajadme hacer.

Y dirigiéndose á uno de los estantes inmediatos, tomó una redoma y arrojando algunas gotas de su contenido en la palma de la mano, las aspiró inmediatamente, abriendo poco despues la bolsita.

Un precioso relicario apareció en su interior y fijando con atencion su mirada en la pequeña lámina de plata que le cubria, exclamó:

— Este relicario sin duda estaba destinado para que produjera la muerte de dos maneras, bien por la aspiracion, bien por los labios al fijarse en él para besarle. Conozco el procedimiento. Ahora veréis sus efectos.

Y diciendo esto, salió del aposento volviendo á penetrar inmediatamente en él llevando dos perritos pequeños entre sus manos.

— ¿Qué vais á hacer con esos pobres animales? — preguntó Jaimé.

— Esperimentar en ellos la eficacia de los dos venenos que aquí se encierran.

Y cogiendo á uno de los perros, sacudió en su nariz el relicario que estaba cubierto de un polvo muy sutil y que aparentaba ser el natural que á fuerza de años y de viajes habia ido adquiriendo.

Cinco minutos despues, el perro dió visibles muestras de desazon, comenzó á recorrer la habitacion en todos sentidos, á lanzar lastimeros ahullidos y finalmente fué á caer aplanado en uno de los estremos del aposento.

—Dentro de dos horas habrá muerto,—dijo Mendo con frialdad.—Veamos el otro.

Acarició al segundo animal, y cuando este agradecido por aquellas muestras de afecto comenzó á lamerle, presentóle el relicario.

Dos ó tres veces pasó la lengua el perro por la tapa de la plata y el efecto fue mucho mas rápido que en el anterior.

Dos minutos despues, una espuma sanguinolenta apareció en su boca; agitáronle terribles convulsiones, y por espacio de diez minutos sus sufrimientos se exhalaban por medio de dolorosos quejidos.

Despues, lo mismo que su compañero, quedó inmóvil.

—Dentro de media hora,—dijo Mendo,—volverá á tener otro ataque y sucumbirá.

Jaime habia seguido aterrado los esperimentos de Mendo.

Cuando este acabó de hablar, limpiándose el sudor que corria por su frente, fijó sus ojos en el cielo, y exclamó:

—Gracias, señor, gracias porque solamente tú has podido evitar que el crimen se realizara.

—Triste regalo llevábais, señor,—repuso Mendo.—La muerte que en esos animales puede sobrevenir en una ó dos horas, hubiérala producido en la persona á quien eso estaba destinado, en el espacio de veinte y cuatro.

—¡Oh! ¡qué infamia!

—Muy grande, porque no habia remedio despues de haberse inoculado en la sangre para combatirle.

—¿Y no podeis hacerle completamente inofensivo?

—Sí.

—Pues, hacedlo.

Mendo derramó algunas gotas de un líquido que estrajo de otra redoma sobre el relicario, frotóle fuertemente con un paño, volvió á rociarle con otro líquido y se lo entregó á Jaime, diciéndole:

—Ya está como deseais.

—¿Pero la bolsa?

—Va á quedar de igual manera.

Y sacando de una caja un puñado de polvos los arrojó dentro, sacudióla con fuerza, rocióla tambien con otras gotas de un agua que tomó de otro bote y se la devolvió á su interlocutor, añadiéndole:

—Os prevengo que este peligro está ya contrareestado, mas no puedo responderos de otros medios que pueden emplearse para conseguir el fin que con esto se propusiera quien os le entregó.

—Teneis razon.

—Ahora, señor, y permitidme que os dé un consejo, si amais mucho á la persona

á quien ese relicario se destinaba, y os estimais vos en algo tambien, es preciso que obreis con gran prudencia.

—¿Qué si la amo, decís? ¡Ay! ¡Mendo! pues si diera gustoso mi vida por ella. ¿No habeis adivinado quién es?

—¿D.^a Leonor?...

—¿Por quien, si no por ella, arrostraria todos los peligros y adoptaria un tan vergonzoso disfraz? Para vos que sois mi amigo, para vos á quien tanto debo, no puedo tener secretos. Decidme que debo hacer.

—Lo habia adivinado, porque harto tengo que agradeceros para que no os profese una amistad tan leal y decidida como la vuestra. Por lo mismo os he dicho que adopteis todo género de precauciones, que estais jugando una partida en que arriesgais la existencia y todas las precauciones son pocas.

—¿Qué me importa perder la vida si consigo salvar la suya?

—Es que son muchos los riesgos que amenazan á D.^a Leonor.

—¿Habeis levantado su horóscopo?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Basteos saber que son muchas y distintas las desdichas que la amenazan y que debeis, ó mejor dicho, pues bien sabeis que os pertenezco por completo, que debemos estar muy prevenidos.

—Lo estaremos.

—Esa D.^a Juana es un peligro mas.

—Por ella he venido á Chipre. Adiviné en Francia algo de terrible en la llegada del príncipe D. Juan y esto me obligó á venir. Decidme que debo hacer.

—¿Vais á ver á la reina?

—Si tal, he de cumplir este encargo.

—Pues bien, es necesario que D. Juan crea que positivamente ese relicario estaba envenenado.

—¡Cómo!

—Pero que tal vez por efecto del tiempo transcurrido, las composiciones empleadas en él no tenian la eficacia necesaria, y no ha podido producir todos sus efectos.

—Os comprendo.

—Así es, que pues visteis los primeros síntomas que le caracterizan, aconsejad á la reina que los finja, que se queje de dolores de cabeza, de malestar general, de opresion en el pecho, de sequedad en la boca y que gradualmente vaya mejorando despues. De este modo no sospechará D. Juan de vos.

—Y podré continuar á su lado.

—Pero siempre muy prevenido, señor; ved que el príncipe debe desconfiar de vos y os celará con obstinacion.

—Ya lo he observado.

—Y sí, para mas seguridad, quereis que D.^a Leonor evite cualquier otra tentativa que pudiera llevarse á efecto sin saberlo vos, decidla que tome diariamente una pre-

paracion que yo haré, merced á la cual, ninguna clase de veneno podrá llegar á ser mortal para ella.

— ¡Oh! Gracias, Mendo; hacedla, hacedla inmediatamente y yo mismo se la llevaré.

— Imposible, señor, he de preparar las dósís y me seria imposible tenerlo dispuesto antes de mañana.

— Confío en que lo haréis.

— Primero, señor, debeis estar cierto de que D.^a Leonor lo tome.

— ¡Oh! si que lo tomará, bien sabe que mi acento no la engañó jamás.

Poco tiempo despues y tras nuevos encargos de Mendo para que adoptase todo género de precauciones, salió de la miserable vivienda, dirigiéndose de nuevo hácia al alcázar.

Precisamente en los momentos en que tenian lugar las anteriores escenas, la reina habia tenido una conferencia con su esposo en la cual quedó acordado que el monarca emprenderia la guerra contra los turcos, para cuyo efecto, diéronse las órdenes necesarias para armar cincuenta galeras.

D.^a Leonor, de carácter varonil y esforzado, que desde los primeros momentos habia emprendido con firmeza la regeneracion de su esposo, segun hemos dicho, queriale no solamente buen monarca y honrado caballero, si que tambien queria verle grande y ceñida su frente con el laurel del esforzado guerrero.

Con este objeto, despues del nacimiento de su hijo procuró inflamar su espíritu, consiguiendo finalmente que quedase acordada la empresa que habia de dar por resultado la toma de Alejandría, objeto de los sueños de la jóven.

Sola D.^a Leonor en su cámara tan luego como su esposo hubo salido de ella, se dirigió lentamente á su reclinitorio, y arrodillándose ante una efigie del Crucificado, exclamó en voz baja y temblorosa :

— Perdon, Dios mio, perdonadme; vos leéis en el fondo de mi alma y veis en ella aquel amor que no he sido todavía bastante fuerte para arrojar de mi seno. He macerado mis carnes, he querido llenar por completo todo mi ser con el amor de mi hijo, del hijo de mi esposo, del hombre á quien debo cuenta hasta de mi pensamiento y todo inútil. Soy muy culpable, Señor, pero harto veis que no puedo hacer mas; la he combatido por cuantos medios me ha sugerido mi conciencia, la he dominado sí pero no he podido desterrarla de mi pecho. Bien habeis visto que jamás esta pasion, mejor dicho, este recuerdo de un supremo bien perdido para siempre no ha podido dar lugar á que el rubor de la vergüenza empañara mi frente, mas ¡ay! mi misma conciencia me acusa por ese tenaz pensamiento y por él os pido perdon, Señor. Ya que me habeis prestado fuerzas para combatirle, dádmelas tambien para acabar de vencer.

Dejó caer D.^a Leonor su abatida frente sobre el reclinitorio bañándole con su llanto, y permaneció largo tiempo en aquella situacion.

De pronto un ligero rumor que percibió en la puerta del aposento, hízola alzar la frente y fijar la mirada en el punto de donde partiera.

Alzóse el tapiz que cubría el hueco de la puerta, y un paje apareció en ella.

Abandonó D.^a Leonor el reclinatorio y dominando su emoción, dirigióse al recién llegado, preguntando.

—¿Qué quieres?

—Perdóneme Vuestra Señoría si me atrevo á penetrar en esta cámara sin su vénia. Acaba de llegar un mensajero que necesita con urgencia hablaros.

—¡Un mensajero! ¿de dónde?

—De Cataluña.

—¿De mi padre tal vez?

—Así me dijo y merced á ello, atrevíme á penetrar en la estancia de Vuestra Señoría.

—¡Oh! bendito sea tu atrevimiento mi buen paje; toma mi cadena de oro por la buena nueva de que fuiste portador; vé, corre; dile que entre.

Recogió el niño la cadena que la reina desciñóse de su cuello para premiarle, y salió del aposento mientras D.^a Leonor fijando su vista en el cielo, exclamaba.

—¡Oh! gracias Dios mio, gracias, porque habeis permitido que reciba noticias de mi buen padre.

Y tras estas palabras su mirada fijóse anhelante en la puerta de la cámara.

Volvióse de nuevo á alzar el tapiz y ahuecando la voz el infantil pajecillo, anunció.

—El enviado del muy noble y poderoso infante D. Pedro de Aragón.

Al mismo tiempo Jaime apareció en el umbral de la puerta.

D.^a Leonor hizo una seña al paje que desapareció tras el tapiz, y dirigiéndose al recién llegado, le dijo:

—Acercaos.

Pero Jaime permaneció inmóvil.

Presa de una emoción indescribible fijaba una mirada suprema, mirada en que resplandecía todo un mundo de sentimientos, pudiendo murmurar solamente con voz perceptible apenas.

—¡Oh, cuán hermosa está!

La reina comenzó á mirarle con asombro.

Aquella inmovilidad y aquella emoción al mismo tiempo llamaron su atención.

Aquel rostro surcado por la extensa cicatriz de que ya hemos hecho mención, aquel ojo cubierto por el parche de que ya hemos hablado, la eran completamente desconocidos, y sin embargo, voz extraña, desconocida y misteriosa, parecía gritarle que aquel personaje no la era extraño.

—¿Qué teneis? ¿qué os sucede? Hablad...

Jaime por medio de un violento esfuerzo, procuró dominarse; dió algunos pasos por la estancia murmurando con balbuciente voz.

—¡Perdon! señora, si al veros...

— ¡Qué quereis decir! — exclamó D.^a Leonor fijando una mirada interrogadora en su interlocutor; ¿no venís de Cataluña?

— Perdon, señora, — repuso Jaime adoptando una actitud resuelta, y adelantando algunos pasos por el aposento, — no vengo de Cataluña.

— ¡Dios mio! ese acento, — murmuró D.^a Leonor mirando con insistencia á Jaime; — ¿quién sois? ¿qué quereis?

Jaime, por medio de un movimiento rápido arrancóse la venda y el parche que desfiguraba su rostro, y enderezando por completo su estatura, preguntó:

— ¿Me conoceis?

D.^a Leonor como arrastrada por una fuerza secreta dió algunos pasos hácia Jaime, despues se detuvo, y llevándose entrambas manos al pecho, murmuró con un acento indescribible.

— ¡Dios mio! Galceran.

— ¡Oh! gracias, me habeis reconocido.

— Marchad de aquí, — dijo la reina haciendo esfuerzos para dominar su turbacion.

— Nada temais, — repuso Galceran con acento grave y triste á la par; — no vengo con mi presencia á despertar dormidos recuerdos, no es el acusador amante quien se presenta ante la primera, ante la única noble dama á quien entregó su fe; el amante ha muerto, pero el caballero vive; y el noble caballero catalan es quien llega hoy á postrarse ante los piés de la reina de Chipre.

Conforme habia ido hablando Galceran, puesto que ya sabemos que este era el mendigo recogido por el príncipe D. Juan, D.^a Leonor fue gradualmente serenándose, comprimó violentamente los latidos de su corazon, y revistiendo su semblante de una expresion grave y severa, procuró ocultar bajo de ella su agitacion y su dolor.

— Bien hicisteis, Galceran, — contestó al cabo de algunos segundos con acento reposado y tranquilo en la apariencia; — bien hicisteis en dar al olvido un pasado que pudiera avergonzaros en el presente. Caballeros como vos no deben, no pueden postrarse á las plantas de una reina, deben estar á su lado. Sed bien venido, Sr. Galceran de Tous; la reina de Chipre os ha guardado siempre un lugar en su amistad.

— Gracias, señora, pluguiera al cielo que no hubiese tenido necesidad de volver á veros.

— ¿Qué quereis decir?

— Perdonadme, si os hablo del modo que voy á hacerlo; procuraré hacer toda la menor alusion posible á un tiempo que murió para no volver, mas no puedo prescindir de hacerlo, para explicaros el por qué me veis con este disfraz y por qué os dije que venia en nombre de vuestro padre.

— Si no os lo pregunto.

— Cúmpleme á mí deciroslo; que no es Galceran de Tous caballero tal, que sin razon use de menguados disfraces ni desobedezca las órdenes de una dama.

— ¡Las órdenes de una dama! no os comprendo.

— ¿Os acordais lo que me dijisteis el dia desdichado para mí, en que los embajadores del rey de Chipre estuvieron en el alcázar de mi señor rey, á pedir vuestra mano?

—¿Por qué recordar?...

—Me ordenásteis, que me alejase de vos, que os olvidara si podia olvidaros y que jamás os volviese á ver.

—Callad.

—No volveré á importunaros. Partí de Barcelona, el rey de Francia estaba en guerra con los ingleses, en la guerra es fácil hallar la muerte, y no vacilé en ir á buscarla.

—¡Qué horror!

—¿Para que queria vivir cuando el encanto de mi vida habia desaparecido?

—¡Galceran!

—Teneis razon, señora. Á pesar mio, suben desde mi corazon hasta mis labios frases que por tanto tiempo he contenido, que pugnan por salir á borbotones.

—Tened en cuenta que es á la esposa, á la madre, á la reina, á quien estais hablando.

—No lo olvidaré.

Durante un buen espacio permanecieron silenciosos entrambos personajes.

Uno y otro tenian necesidad de aquel silencio para serenarse, para recobrar el aplomo que tal vez un momento despues estuvieran á punto de perder nuevamente.

La reina fue la que primero consiguió dominarse.

Sentóse en uno de los sitios que habia en la estancia y dijo :

—Hablad, Galceran, hablad cual á vos os toca y cual yo debo escucharos.

—Oidme, y por vuestro bien creed, señora, que mis palabras son sinceras, y que cuanto os diga, por el vuestro interés solo es dictado.

—No os comprendo.

—Buscando la muerte fui á la guerra. Sorda á mi temerario empeño, cuanto mas la llamaba penetrando entre las filas enemigas, burlándose de mi afan, me hacia obtener nuevos laureles. Allí gané fama y prez, mi nombre corria por doquiera envuelto con mis hazañas y pronto tuve estados ganados con mi lanza y vasallos que adoraban á su señor. ¡Oh! ¿cómo no habia de adquirir gloria, si os llevaba constantemente en mi pensamiento, si estabais encerrada en el fondo de mi pecho, si en medio de la batalla os veia flotar ante mi vista infundiéndome valor y energía?

—Callad, si habeis de continuar así.

—Teneis razon. Habíame transportado á pasados tiempos y os estoy ofendiendo; perdonadme. El rey de Francia decia en su afecto hácia mí, que yo era el mejor caballero de su corte, y la verdad era, señora, que yo estaba desesperado, que mi valor no era otra cosa que el desprecio que por la vida tenia, y mis hazañas el resultado de un temerario empeño. Pero todos se engañaban, y acumulando sobre mí honores, procuraban hacerme el hombre mas feliz del mundo, sin comprender que yo no podia serlo.

—¿Y por qué no?— preguntó la reina en un arranque imprudente cuyas consecuencias temió despues.

Galceran al escuchar semejante pregunta fijó una mirada tal en D.^a Leonor, que esta, aterrada por lo que adivinó en ella, apresuróse á decirle inclinando su vista.

—No, Galceran, por piedad, no me contesteis.

Sonrióse el caballero con amargura y prosiguió despues de un ligero intervalo :

—Un día llegó á mis oídos, que siempre recibian nuevas de vos, que érais feliz en la corte de Chipre, que amábais y érais amada, que el cielo habia bendecido vuestra union y que ibais á ser madre.

Galceran se detuvo breves momentos para cobrar aliento.

Comprendíase lo que estaba sufriendo, y D.^a Leonor incapaz de prestar consuelo alguno á aquel corazon tan desgarrado, permanecia silenciosa tambien.

—No quiero, no puedo deciros, — prosiguió despues que se hubo repuesto algun tanto el caballero, — lo que sentí. Pedazo á pedazo habia ido dejando mi corazon entre los abrojos de que estaba sembrada mi vida desde que salí de Cataluña, y el postrer fragmento que me quedaba sintió una conmocion tan terrible que creí sucumhir. Loco desesperado, busqué en los placeres el olvido, el embrutecimiento; mas ¡ay! ni aun allí podia olvidar. Una noche, al regresar á mi palacio, fue tan fuerte el dolor que sentí en aquel pedazo de corazon que todavía palpitaba por lo que habia perdido, que sin saber cómo se oscureció mi vista, la tierra desapareció bajo mis piés y perdí el conocimiento.

— ¡Ah!...

—Ignoro el tiempo que permanecí en aquel estado, pero al volver en mí, encontréme en una estancia que no era la mia, y rostros desconocidos para mí me contemplaban afanosamente. Una noble dama al pasar con sus pajes y escuderos por mi lado, habíame recogido; hacia pocos dias que estaba en París no me conocia y me llevó á su casa.

— ¡Una dama! — exclamó D.^a Leonor con acento indefinible.

—Una dama que me cuidó con esmero y que salvó mi vida para tratar de arrebatármela despues.

—No os comprendo.

—Aquella dama vivia de aventuras, placíanle los amorosos empeños, era jóven, hermosa y noble, y yo no podia ser el caballero galante que se rindiese ante su belleza. Permitidme, señora, que omita los medios por qué llegué á descubrir lo que os voy á referir; mas creed por mi fe de caballero que cuanto os estoy diciendo es la verdad.

—Os creo, Galceran, os creo.

—Entre aquella dama y yo abrióse un abismo tal, que solamente podia llenarse con el cuerpo de uno de los dos. Una noche víme obligado á contener con mi espada á un sobrino del gran preboste. Su mala suerte le hizo que él mismo se atravesara, y viéndome envuelto por todas partes no tuve otro remedio que esconderme entre unos maderos que habia á corta distancia hacinados para una obra. Llegaron los arqueros del Prebostazgo, buscaron por todas partes, no me encontraron, cogieron el cuerpo del muerto y se alejaron de allí. Iba á salir de mi escondite, cuando á corta distancia mia, percibí las recatadas voces de dos personas que hablaban.

—Estábais descubierto sin duda.

—No tal, señora; aquellos dos miserables porque tales eran, no se habian apercibido de mi estancia entre los maderos, y su conversacion versaba sobre el acontecimiento que acaba de ocurrir. La circunstancia de escuchar vuestro nombre llamó mi atencion.

—¡Mi nombre!

—Sí, señora; vuestro nombre.

—¿Y quién podia pronunciarle tan léjos de aquí?

—¿Olvidais que yo le estaba pronunciando sin cesar?

—Me habeis prometido...

—Es cierto, señora; me olvido á cada momento y tengo que pedir os perdon á cada instante.

—Proseguid, si os place, lo que estábais contando.

—Presté atencion á lo que hablaban, y tal y tan grave y tan horrible fue lo que escuché, un peligro tan inevitable para vos pude adivinar en sus frases, se trataba de una trama tan infame, que apenas se alejaron, corrí sin detenerme á mi palacio á riesgo de tropezar con los arqueros que por doquiera me buscaban, y penetré en él. Llamé á dos de mis mas fieles servidores, les dí mis órdenes, disfracéme como me veis y abandoné la ciudad inmediatamente, buscando un puerto donde embarcarme para llegar aquí. Una galera genovesa estaba en Marsella á punto de zarpar, tomé pasaje en ella, y cuando tres dias despues íbamos á darnos á la vela, veo que suben á ella los mismos dos individuos á quienes escuchara en París la conversacion que á vos se referia.

—¿Y quiénes eran?

—Permitidme, señora, que calle sus nombres. Yo velo por vos y nada debeis temer.

—Pero ¿qué riesgo me amenaza?

—Muchos, mas vuelvo á repetiros que no hayais temor alguno mientras yo viva, y tened por seguro que al morir yo, habrán muerto tambien antes vuestros enemigos.

—¡Oh! pero es que yo no quiero que vos murais, no quiero que muera nadie por mí.

—Es el único placer que me resta, el daros mi vida ya que os dí tambien mi...

—Proseguid lo que estábais diciendo, — dijo D.^a Leonor cortando la frase que iba á brotar de los labios de Galceran.

—Mis fieles servidores se habian reunido conmigo; juntos estábamos sobre la cubierta de la nao contemplando las últimas maniobras de la gente de mar, cuando una exclamacion de sorpresa estuvo á punto de brotar de mis labios. En una galera de Cataluña vi embarcarse á la misma dama que una vez me habia salvado la vida.

—¡Oh! sabia sin duda que vos estábais allí, que ibais á marchar...

—Lo ignoro; únicamente puedo deciros que la ví entonces, y que posteriormente la he encontrado en Nicosia.

—¿Y es muy hermosa esa dama?

—Lo es.

—¿Y os ama?

— Es incapaz de amar á nadie, señora, y aun cuando así fuese, mi corazón no puede sentir hácia ella, mas que odio y desprecio. Yo no puedo amar ya.

D.^a Leonor ahogó una especie de satisfaccion que á su pesar sentia en el fondo de su alma, y dijo poco despues:

— ¿Y qué habeis hecho desde vuestra llegada á Nicosia?

— Uno de mis servidores está entre los soldados que defienden vuestro alcázar, el otro... el otro os sirve mejor de lo que vos creéis; y yo, señora, soy escudero de aquel mismo á quien oí hablar en París y á quien volví á encontrar despues en la galera que me traia.

— ¡Oh! ¡cuán generoso proceder!

— Es un deber, señora, consagrado á vos únicamente, tal vez si no os hubiese amenazado ningun peligro, no nos hubiésemos visto mas sobre la tierra; mas corriendo riesgo vos, mi puesto es á vuestro lado.

— Recordad, Galceran, que mi esposo es el rey de Chipre.

— ¿Y si yo os dijera, señora, que el peligro de que os hablo amenaza en primer término á vuestro esposo?

— Hablad, hablad por favor.

— Os suplico que no me preguntéis mas. Tened confianza en mí, que en Dios y en mi ánima confio salvaros á todos.

— Gracias, Galceran, gracias. Yo hablaré con el rey de vuestro noble proceder, yo le diré...

— Nada, por piedad. Obrad cual si nada supiéseis, dejadme en la sombra, que aun podré serviros mejor.

— ¿Y no creéis que si os observan, al ver que habeis venido al alcázar, esos miserables de que hablais, sospecharán de vos y tal vez os hagan pagar cara vuestra visita?

— He venido de su orden precisamente.

— ¿Cómo?

— ¿No recordais que para llegar hasta vos me valí del medio de deciros que venia de parte de vuestro padre?

— Cierto.

— Pues bien, señora; he venido aquí para entregaros en nombre de vuestro padre este relicario.

Y Galceran al decir estas palabras sacó de su escarcela el relicario que mostró á la reina.

— Pero ¿no me habeis dicho que no veniais de Cataluña?

— Así es la verdad.

— Entonces ¿cómo podeis traerme esto de parte de mi padre?

— Porque así me dijeron que os lo manifestara; porque de ese modo, tomariais sin desconfianza alguna ese objeto.

— Luego en él iba envuelto algo que habia de afectar á mi reposo.

— A vuestra vida.

— ¡Oh!

Y D.^a Leonor por un movimiento involuntario, rechazó el relicario..

—No tengais miedo ya, — repuso Galceran ; — el peligro está conjurado.

—¿Cómo?

—El veneno que ese relicario encerraba, ha desaparecido.

—Explicaos.

Entonces Galceran refirió á la reina cuanto habia pasado en casa de Mendo.

Llena de profundo terror escuchó la dama aquel relato, tranquilizándose únicamente ante las repetidas seguridades que Galceran la diera de que nada tenia que temer.

El caballero la dió tambien las instrucciones que el nigromante le diera respecto á los síntomas que caracterizaban la clase de veneno contenido en el relicario, al objeto de que pudiese desorientar á sus enemigos, y despues que la hubo nombrado á Guillen como la persona de confianza á quien podia encargar que le avisasen si se creía necesario, salió de palacio dirigiéndose al de D. Juan.

Una vez fuera del alcázar, una vez léjos uno y otro de su respectiva presencia, ambos, lo mismo Galceran que D.^a Leonor, dieron rienda suelta á las emociones que comprimidas tuvieran durante tan largo espacio.

En la reina, se expresó este desahogo, por decirlo así, dirigiéndose al reclinatorio, humillándose ante la imágen del Crucificado y derramando un torrente de lágrimas.

En Galceran, por la expresion de su semblante, por el temblor convulsivo que agitó sus miembros y por las entrecortadas frases que se exhalaban de sus labios.

Necesitó algun tiempo para recobrarle antes de aparecer en presencia del príncipe D. Juan.

Temia que la malévola perspicacia del hermano del rey, pudiera leer lo que en su corazon pasaba.

Así fue que cuando penetró en su cámara prévia su vénia, habia conseguido dominarse por completo.

.

.

Apenas le vió el príncipe, dirigióse á él y con acento anhelante le preguntó:

—¿Cumpliste mi encargo?

—No acostumbro á faltar á lo que ofrezco, — repuso Galceran ahogando la repugnancia que sentia sosteniendo semejante interrogatorio.

—Es decir, que le has entregado.

—Sí, señor.

—¿Creyó de buena fe en tus palabras?

—Hubiéraisla visto como yo llevarle á sus labios y humedecerle con sus lágrimas.

—Dices que le ha besado.

—Si tal, ¿cómo no hacerlo cuando creía que el regalo era de su padre y que era una reliquia verdadera?

—¿Te hizo muchas preguntas?

—Ya lo creo; gracias que conozco perfectamente al infante D. Pedro y á la mayoría de los caballeros de la corte de Aragon.

—¿Y la contestaste á todo?

—Sin vacilar un momento.

—Por manera que no habrá podido dudar...

—De nada, señor; y á no ser porque se sintió algo indispueta, pareceme que todavía estuviera haciéndome preguntas.

—¿Que se sintió indispueta has dicho?

—Vaya; si por Dios; y yo temeroso de que mi presencia y aquella repentina indisposicion pudiesen provocar explicaciones un tanto enojosas, apresuréme á venir á participaros el resultado de mi comision.

—Que si cual dices has cumplido, bien mereces ser régicamente recompensado.

—Harto lo estoy con vuestra confianza, señor.

—Toma, y cuando yo vuelva del alcázar donde ahora voy, sabré recompensarte cual se debe.

Y al decir estas palabras el príncipe, arrojó una bolsa á los piés de Galceran.

El caballero vaciló un momento en cogerla; olvidóse por un instante del papel que estaba representando, y la ira y el enojo se retrataron de una manera enérgica en su rostro.

Felizmente para él, esto tuvo solamente la duracion de un relámpago.

Volvió en sí y recogió la bolsa diciendo:

—¡Oh, señor! ¡cuán generoso sois!

—Ahora recuerdo, — dijo el príncipe al cabo de un momento, — que, pues, conoces á la mayoría de los caballeros de la corte de Aragon, podrás darme cuenta de uno por quien me intereso.

—Decid quién es.

—¿Conoces tú á D. Galceran de Tous?

—Sí, por cierto, — repuso Galceran comprimiendo á duras penas la impresion que recibiera.

—¿Que le conoces has dicho?

—Sí, señor; una brava espada y un caballero sin tacha y sin temor, cual hay muy pocos en la tierra.

—Con gran calor hablas de él.

—¿Cómo no, cuando he tenido ocasion de pelear bajo su bandera?

—¿Sabes dónde se encuentra?

—Parecióme verle no ha muchos dias en Nicosia.

—¿Qué dices?

—¡Oh! si tal; no me atreví á hablarle temeroso de que me desconociera, pero en cuanto á que era él, no me quedó la menor duda.

—Perfectamente, Jaime; por muchas razones pareceme que estás en camino de hacer una gran fortuna.

—De ello trato.

—¿Con qué te agrada el dinero?

—Ya lo creo; con él se obtiene la ventura, la felicidad; el dinero representa el medio de no sufrir hambre, sed, ni frío, ¿cómo no ha de agradarme cuando tantos beneficios puede proporcionarme?

—Mientras me sirvas bien, ya puedes contar con que tu suerte está hecha; mas ¡guay! de tí si me engañas.

—Por mi propia cuenta guardaréme de hacerlo.

—Eres discreto, y en el asunto de ese Galceran, paréceme que te se va á presentar ocasion en que lucir tus excelentes cualidades.

—Quedaréis satisfecho de mí.

—Sal afuera y espera mis órdenes.

Cuando Galceran, cumpliendo lo dispuesto por el príncipe, abandonó el aposento de este, D. Juan expresando en su rostro la mas innoble de las alegrías, frotándose las manos exclamó :

—¡Oh! por fin voy á saborear el dulce placer de la venganza. ¡Ah, D.^a Leonor! quisísteis luchar conmigo y no tuvísteis en cuenta que á donde la fuerza del leon no alcanza, la astucia y la maldad de la raposa llega siempre.

Despues, dando nuevo curso á su pensamiento prosiguió :

—El hallazgo de este Jaime no ha tenido precio para mí. Merced á él voy á tener en mi mano las pasiones de D.^a Juana, toda vez que él me buscará á ese Galceran de Tous á quien tanto adora. Decididamente estoy en buen camino para conseguir la realizacion de mis planes.

Despues de pronunciar estas palabras D. Juan, no pudiendo dominar su impaciencia por conocer lo que en el alcázar estaba pasando, salió de su casa y dirigióse hácia él.

La reina se encontraba gravemente enferma.

Los médicos que habian acudido inmediatamente, no podian definir la clase de enfermedad que la aquejaba, y esto aumentaba la zozobra de la corte y el profundo dolor del Monarca.

D.^a Leonor hacia su papel admirablemente.

Cuando D. Juan llegó al alcázar, quejábase la reina de aquella intolerable sequedad de su boca y del horrible calor que abrasaba sus entrañas.

—¡Oh! — murmuró el príncipe, — no me engañó aquel judío; los mismos síntomas que me indicó; no tardará en sobrevenir la postracion y despues la muerte.

Y á la par que así hablaba, fijaba sus ojos en la enferma, y veia pendiente de su cuello el relicario que Galceran la diera.

No habia lugar á duda alguna.

D. Juan no pudo sospechar por ningun estilo de su fiel mensajero.

Por momentos el estado de la reina parecia agravarse.

Los médicos no sabian que hacer ya, cuando de repente y á las doce horas próximamente de aquellos, que ellos habian creido padecimientos verdaderos, el estado de la enferma fue visiblemente mejorando.

El peligro en que creyeran desapareció, y D. Juan que habia seguido con una satisfaccion indefinible los progresos del mal, siguió tambien con una cólera y un despecho inexplicables, la mejoría.

Ciego de ira abandonó el alcázar cuando supo que ya no existia peligro alguno.

Al llegar á su palacio mandó á buscar á Galceran :

— ¡ Desdichados de nosotros ! — exclamó al verle ; — la reina vive.

— ¿ Todavía ? — repuso Galceran haciéndose de nuevas. — Mucho resiste ; mas no temais, señor ; si el veneno es tan eficaz como dijisteis...

— Es que el miserable judío debió engañarme sin duda.

— ¡ Engañaros ! no comprendo.

— El veneno carecia de la eficacia suficiente. Produjo el efecto al principio, pero despues se debilitó y quizás en estos momentos se halle completamente bien.

— ¿ Hace mucho que os dieron ese relicario así preparado ?

— Le compré en París á un judío florentino que gozaba de gran fama por sus maravillosas preparaciones.

— Tal vez con el tiempo transcurrido haya perdido su eficacia, que muchas veces suele suceder eso.

— ¡ Oh ! pero es que yo le dije que no podia precisar la época en que habia de hacer uso de él, y que por lo tanto era preciso que lo compusiera bajo ese supuesto.

— Pues sin duda os engañó.

— ¡ Oh ! si llego á pillar al miserable, juro por mi nombre que sabré vengarme de él.

— Y obraréis muy cuerdamente. De modo que todos los riesgos que he corrido, toda mi buena voluntad por complaceros, todo ha sido inútil.

— Inútil sí ; mas no pierdo la esperanza todavía.

— Ya sabeis que mi vida os pertenece.

— No, por el momento voy á emplear otro sistema.

— Como gusteis.

— Tú, lo que has de hacer, es procurar averiguarme donde se oculta el caballero Galceran de Tous.

— Lo haré.

— Tambien te encargo que veas si puedes comprar á cualquiera de sus criados, si es que los tiene aquí, ó por lo menos al escudero que le acompaña.

— Descuidad, señor.

.



Apurada era la situación en que se hallaba Galceran.

Habia emprendido una senda de aventuras en que fácilmente, si por un momento se distraía, podía perder la vida.

Pero, sin embargo, no se le ocurrió abandonar su empresa.

Con lo que no podía atinar era con el medio que pensaba emplear el príncipe para conseguir el objeto que no pudo realizar con el veneno.

Este, sin embargo, era sumamente sencillo.

La impura llama que por un momento había brillado en los ojos del rey el día de la presentación de D.^a Juana en la corte, era la base sobre la que descansaba todo su plan.

Con un ardor digno de una causa mas noble, se dedicó desde aquel momento á llamar la atención de su hermano respecto á la dama, y como que D. Pedro era jóven, como que todavía no se hallaba dormido por completo el recuerdo de pasados extravíos, fue poco á poco cediendo, hasta que tres días despues de los anteriores sucesos, el Monarca cedió á tener una entrevista con la dama.

Cuando Galceran lo supo, adivinó lo horrible del pensamiento del príncipe.

Teniendo en cuenta lo que ya en otra ocasión había pasado, en que la mala conducta del Monarca estuvo á punto de privarle de la sucesión del trono, á esto sin duda tendía el tratar de separarle en aquellos momentos del legítimo cumplimiento de sus deberes.

Galceran meditó profundamente sobre lo que debía hacer en aquel caso, y no halló mas medio que el de obligar al rey á que saliese de Nicosia.

Para esto y puesto de acuerdo con Guillen su escudero, y al cual hizo entrar como soldado entre los que daban la guardia en palacio, consiguió tener una entrevista con D.^a Leonor.

Galceran en todo el tiempo que transcurriera desde el día en que fue portador del relicario hasta entonces, procuró hacerse completamente fuerte contra aquella pasión que era el único objeto de su vida, no solamente por él mismo, sino tambien por doña Leonor.

Porque Galceran había comprendido que escondida allá en lo mas profundo del corazón de la reina, existía una chispa de aquel amor, y no quería por ningún estilo que la castísima frente de la noble dama tuviera que ruborizarse en lo mas mínimo.

En su consecuencia, al presentarse por segunda vez ante la reina, si bien su rostro palideció de una manera intensa al verla, su actitud grave y fría y su acento severo y tranquilo, demostraban perfectamente al hombre que había llegado á obtener la completa posesión de sí mismo.

—¿Qué teneis que decirme, Galceran? — preguntó la reina fijando una mirada no menos grave y fría en el rostro de su interlocutor.

—¿Seguis teniendo confianza en mí, señora?

—¿Por qué tal pregunta?

—Porque lo que voy á deciros provocará tal vez por vuestra parte un interrogatorio, al cual me será imposible responder.

—¿Por qué?

—¿Me creeréis á pesar de que no os conteste?

La reina vaciló durante algunos segundos.

Ofendido Galceran por aquella enojosa duda, inclinóse respetuosamente ante ella, y dió algunos pasos con direccion á la puerta.

Al verle D.^a Leonor, preguntóle vivamente.

—¿Dónde vais?

—Páreceme que Vuestra Señoría no tiene ya confianza en mí, y me retiro.

—Quedaos, Galceran; harto sabeis que os creo y que únicamente en vos tengo confianza; hablad; ¿qué he de hacer?

—Poned de vuestra parte cuanto os sea posible para que el rey salga inmediatamente á emprender la guerra contra el turco.

—¿Qué quereis decir?—preguntó la reina despues de haberse repuesto algun tanto de la impresion que la produjeran las frases de Galceran.

—Recordad que os dije, señora, que no me hicieseis ninguna otra pregunta. Lo que acabo de deciros es por vuestro propio bien, que no de otra manera os pudiera aconsejar.

—Luego segun se desprende de vuestro consejo, ¿amenaza aquí algun peligro á mi esposo?

—Páreceme muy conveniente, mas aun, muy necesario que salga de Nicosia cuanto antes.

—Sois muy cruel, Galceran, en no acabar de revelarme el peligro que le amenaza.

—Debo hacerlo, y creedme, señora, vale mas que todo lo ignoreis.

—Ya veo que os habeis propuesto callar. Pero al menos decidme si ese peligro es inmediato.

—Puede serlo.

—Está bien, nada mas os preguntaré; hoy mismo hablaré con mi esposo.

—Conozco todo lo que para él valeis; toda la fe que da á vuestras palabras, y estoy seguro que os atenderá.

—Pero decidme, Galceran, ¿por qué ese misterio de permanecer oculto de tal modo sin ocupar en mi corte el puesto á que vuestro nacimiento y vuestros hechos os dieron derecho?

—En la sombra puedo serviros mejor. Quizás de otro modo atrajera sobre mí las miradas que creo prudente evitar.

—Obrad como os plazca, que siempre estoy segura que será por mi mejor servicio.

—¿De qué otro modo pudiera ser tratándose de D.^a Leonor de Aragon y del caballero Galceran de Tous?

—Teneis razon, — repuso la reina inclinando la vista por temor de encontrarse con la mirada de su interlocutor.

Este comprendió que no era posible, ó al menos bastante aventurado, continuar la conversacion colocada en aquel terreno.

Fácil era que una frase, una mirada les colocase en una situacion embarazosa, y

para evitarlo, toda vez que su objeto principal estaba conseguido ya, lo mejor era retirarse.

Galceran se despidió de D.^a Leonor, y momentos despues hallábase fuera del alcázar.

Largo tiempo llevóse la reina meditando sobre lo que acababa de decirle Galceran. ¿Qué clase de peligro podia amenazar al Rey? ¿Quién podia tener interés en su contra, cuando precisamente era adorado por el pueblo y la nobleza le era completamente adicta?

El pensamiento de D.^a Leonor fue á fijarse en el príncipe D. Juan, mas sin embargo, desechóle inmediatamente.

El hermano del Monarca mostrábase afable y cariñoso; nada en él se advertia que pudiera prestar el mas insignificante alimento para cualquier sospecha.

Y no siendo por esta parte, no acertaba á comprender de que otra pudiera presentarse el peligro.

Y de que este existia no podia quedar duda alguna.

Cuando Galceran lo anunciaba, era porque realmente amenazaba; y siendo así urgía avisar al rey á fin de evitarlo.

En vano fue que la reina procurara recordar algun incidente por insignificante que fuese que la sirviera de indicio; despues de un buen espacio de meditacion, encontróse con que en nada podia fundarse, pero que sin embargo el riesgo existia, y necesario era evitarle.

En su consecuencia, apenas encontró ocasion habló á su esposo.

Contra lo que esperaba hallóse con alguna resistencia.

El Rey que habia sido el primero en acoger con entusiasmo el proyecto de la reina cuando esta, dias antes, se lo indicó, en aquel momento mostróse un tanto rehacio en su inmediata ejecucion.

Los encantos de D.^a Juana habíanle producido algun efecto, y como la astuta dama se habia encerrado desde las primeras entrevistas en una reserva mas incitante todavia, tras el iman del triunfo habíase empeñado el Monarca y no le placia abandonar aquella empresa sin haber vencido.

Sorprendióse la noble esposa ante una resistencia que no esperaba.

Habíase acostumbrado ya á la influencia que su acento ejercia en el ánimo de su esposo, y hubo un momento en que se estremeció temiendo que algun extraño poder pudiese contrabalancear al suyo en aquel corazon impresionable.

Sin embargo, con una prudencia extraordinaria dominó sus recelos, y puesto que excitando las nobles aspiraciones del guerrero nada habia obtenido, le pintó la partida para la guerra como la necesidad inmediata para evitar un peligro que le amenazaba.

Precisamente esto coincidia con algunas advertencias que dias antes le habia hecho tambien el conde de Roccas, que como sabemos, de antiguo partidario de D. Juan, habíase trocado en servidor leal y honrado del Monarca.

El Conde habia adivinado algo del juego del príncipe, sorprendió una de las visitas del rey á D.^a Juana, y este solo indicio fue bastante para excitar su lealtad.

Habló al Monarca y sin dar á entender lo que habia visto, aconsejóle que se guardase de los peligros que le amenazaban, peligros tanto mas temibles cuanto que se encubrian bajo una alfombra de flores.

Por mas que el Monarca trató de obligar al Conde á que le explicase el verdadero sentido de estas palabras, no lo pudo conseguir.

Así fue que al hacerle la reina esta misma indicacion, sorprendióse, y sin resolver nada por el momento, repuso que lo reflexionaria.

Efectivamente, pensó mucho sobre las advertencias que se le habian hecho; fijóse en la insistencia de su hermano para llamar su atencion respecto á D.^a Juana, y finalmente, en la conducta de esta.

Recordó frase por frase las que mediaron en sus entrevistas, y felizmente su propio criterio le salvó del precipicio hácia el cual caminaba.

Sospechó que todo aquello no era mas que una celada que se le estaba tendiendo, recordó que en otro tiempo lo desordenado de su conducta, habia dado lugar á que la corona vacilase sobre sus sienes, y decidió romper por completo con aquello que podia perjudicarle.

En su consecuencia, anunció oficialmente la marcha para la guerra.

En vano fue que su hermano D. Juan procurara hacer porque tuviera una última entrevista con D.^a Juana.

El Monarca permaneció firme y resuelto, y el príncipe no tuvo otro remedio que ahogar el despecho que le causaba una resolucion, que por el momento al menos, destruía todos sus planes.

El Rey antes de su partida confirió á su hermano poderes para que en union de la reina gobernase el reino, encargando muy eficazmente al conde de Roccas que velase por su esposa y por su hijo.

La reina, que comprendia que cuando Galceran la avisaba no lo hacia sin fundamento, respiró libremente el dia en que su esposo se embarcó en las galeras que habian de conducir la expedicion, y dedicóse con tal ardor á los negocios de sus estados, demostrando tanta prudencia y tanta discrecion, que todos los historiadores de su tiempo están conformes en elogiar con entusiasmo todos los actos de la infanta de Aragon en esta época.

Dos dias despues de la marcha del Monarca, el príncipe D. Juan mandó llamar á su presencia á Galceran.

Apenas estuvo en ella, le dijo :

—Necesito que averigües inmediatamente si permanece en Nicosia el caballero catalan D. Galceran de Tous.

—Lo sabréis, señor, esta misma noche.

—De igual modo tambien, quiero que veas de emplear cuantos medios te sugiera

tu astucia, para saber qué secreto ó qué relaciones han existido entre ese D. Galceran y D.^a Juana.

—Vos mismo podeis ayudarme, señor.

—¿Cómo?

—Proporcionadme un medio para que yo penetre en la casa de esa dama.

—¿Y crees así descubrir?...

—Sí tal; cuidado mio será encontrar medio de que hable alguno de sus criados.

—Es demasiado astuta esa dama, para que deje traslucir á cualquiera de ellos lo que no la convenga.

—Sin embargo, forzosamente de alguno se habrá valido para sus intrigas; un solo hilo que yo pueda coger, me servirá para conocer el resto.

—Mucho te lo presumes, Jaime.

—Pruebas ha recibido Vuestra Señoría de que sé cumplir lo que ofrezco.

—Es verdad. Procura en esto mostrarte tan diestro como en lo anterior.

—No os daré lugar á queja.

—¿Con que dices que necesitas un medio para penetrar en la casa de D.^a Juana?

—Sí, señor.

—Pues bien; vé en mi nombre á participarla que D. Galceran de Tous se halla en Nicosia, y que tú eres el encargado de buscarle; puedes añadirla tambien que eres de su país y que le conoces perfectamente.

—Lo haré así.

—Atiéndeme bien, — dijo D. Juan despues de algunos momentos de reflexion; — pudiera suceder bien, que esa dama, sabiendo que me sirves, tratara de comprarte.

—¿Con qué objeto, señor?

—Imbécil, con el mismo que yo te encargo descubras sus secretos; con el de tener un arma contra mí.

—Comprendo.

—Si ese caso llega, aparenta ceder.

—Pero ¿y si me pregunta?...

—Inventa y engáñala con destreza.

—Espero no quedeis descontento de mí.

—Pues vé, y que el diablo te ayude.

—En sus manos me pongo cuando de tales empresas se trata.

Y tras estas palabras abandonó Galceran la cámara del príncipe, un tanto preocupado por la misteriosa trama en que se veia envuelto, y por las razones que su señor podria tener para desear aquellas noticias.

.

Precisamente en los momentos en que tenia lugar la entrevista á que acabamos de asistir, en la torrecilla de la casa donde en otra ocasion estuvimos acompañando á Gal-

ceran, hallábanse Guillen, el soldado á quien ya vimos en otra parte y Mendo, depar-
tiendo sigilosamente :

—¿ Con qué dices que D.^a Juana no se olvida de la ofensa de su señor?—pregun-
taba Mendo.

—Mucho me temo, —repuso Guillen,—que esa dama nos va á causar mas de un
disgusto.

—No lo sabes bien, amigo; si como yo pudieras penetrar en los misteriosos arca-
nos de la ciencia y leer en el porvenir, mayores fueran tus angustias.

—¿ Luego averiguasteis?...

—Que la vida de vuestro señor se halla gravemente amenazada, que él mismo corre
en busca de la muerte y que todos nuestros esfuerzos serán ineficaces para evitarlo.

—¿ Por qué razon? —exclamó Guillen impetuosamente. — ¿ Quién será capaz de
separarme de mi señor en el momento del peligro y de recibir si es necesario la muerte
que á él fuera destinada?

—¡ Ay! Guillen, si en el libro del destino está escrito que sucumba, no serémos
nosotros, débiles mortales, quienes podamos evitarlo.

—Pero ¿ qué peligro le amenaza?

—Ya lo has oido, la muerte.

—¿ Cuándo?

—Lo ignoro; la ciencia avisa el peligro, mas no los detalles que le preceden.

—Pero ¿ esa mujer?...

—Ella sola es la causa.

—Pues si la inutilizásemos nosotros, conseguiríamos evitar el riesgo de D. Galceran.

—No; si su destino es el de morir por instigacion ó por influencia de esa dama,
abriga la seguridad de que de una ó de otra manera habria de cumplirse lo escrito.

Fue tan solemne el acento de Mendo, que Guillen no supo durante algunos segun-
dos que contestar.

Mendo prosiguió :

—He llamado en mi ayuda á la ciencia; he pasado horas enteras estudiando la mar-
cha de los astros, y siempre he visto la misma contestacion. D. Galceran de Tous mo-
rirá y esa dama será la causa.

—Impía ciencia la vuestra, Mendo, —repuso al fin Guillen;—que anuncia el pe-
ligro pero no ofrece los medios para evitarle.

Iba á responder Mendo, cuando sintióse llamar á la puerta de la calle.

Sin duda era conocida la manera de hacerlo, puesto que Mendo exclamó al mo-
mento :

—Ahí está nuestro señor.

—El cielo le envia, — repuso Guillen.

Pocos momentos despues y franqueada por Mendo la puerta de entrada, Galceran
aparecia en el interior de la torre.

Al ver á Guillen exclamó :

—¿ Tú aquí?

- Vine para advertir á Mendo que era necesario que os avisara.
- ¿De qué?
- De que el peligro os acecha y es necesario que os prevengais, señor.
- Explicate.
- D.^a Juana sospecha que vos estais en Nicosia y va averiguando por cuantos medios puede, vuestro paradero.
- ¿Cómo lo has sabido?
- Há dos días que uno de los criados de D.^a Juana va indagando entre los soldados si hay algunos que sean catalanes ó aragoneses.
- ¿Y qué mas?
- Ya sabeis que algunos estamos en este caso, y á todos les fué preguntando si conocian vuestro nombre, si sabian donde estábais, si habian peleado con vos en Francia.
- ¿Y han llegado hasta tí?
- Tambien.
- ¿Y les dijiste?...
- Que os conocia y que habia estado á vuestro servicio, pero que ignoraba estudiéis aquí.
- ¿Conociste al que te interrogó?
- Mucho me parece que es aquel miserable Roberto que tanto nos dió que hacer.
- Pero él no te habrá conocido.
- Parece que no; sin embargo, es muy ladino el villano.
- Pues es necesario que trates de verle.
- ¡Oh! él mismo volverá, porque nos dijo que procurásemos averiguar si estábais aquí; nos ofreció un centenar de doblas y prometió volver.
- Perfectamente, cuando vuelva, es necesario que le digas que has descubierto mi paradero.
- ¡Señor!...
- Y le añadirás que me oculto, pero que tú has conseguido saber donde habito.
- ¿Y dónde he de decirle?...
- Aquí.
- Reflexionad, señor, que esa dama es inexorable, que solo desea saber de vos para vengarse.
- Si yo muero, vosotros sabréis lo que habeis de hacer.
- ¡Oh! desdichados de los que causaran vuestra muerte.
- Lo sé, amigos míos. Ea, despachemos Mendo, venid en mi ayuda.
- ¿Qué deseais, señor?
- Voy á ver á D.^a Juana, necesito que no pueda conocerme.
- ¿Estais en vos? —exclamó Guillen; — tened en cuenta, señor, que es sobradamente astuta y os descubrirá á pesar de todos los disfraces que lleveis.
- No temas, Mendo me transformará perfectamente; ¿no es verdad?
- Bien sabeis, señor, que hago cuanto me es posible, pero en este caso opino lo mismo que Guillen; cometeis una imprudencia.

—No tengo mas remedio que hacerlo; en la partida que estoy jugando, retroceder ahora seria destruirlo todo; no hay mas que tener audacia y continuar adelante. Por lo tanto vamos, repasad de nuevo esta cicatriz, embadurnadme bien el rostro y despachemos.

Mendo sacó una redoma de una especie de alhacena que habia en el aposento, y con un pincel fue trazando la cicatriz que por su extension y por el modo con que cruzaba el rostro de Galceran, le desfiguraba por completo.

Despues con otro líquido retocó el resto de la fisonomía, y asegurando de nuevo el parche que cubria el ojo del caballero, dejóle de tal manera, que se necesitaba una mirada muy perspicaz y una detencion extraordinaria para adivinar bajo aquel deforme y repugante aspecto, el agraciado y simpático rostro de D. Galceran de Tous.

Hecho esto, dijo preparándose para marchar:

—Ahora Guillen, cumple con lo que te he dicho; si aquel bribon de Roberto vuelve á preguntar, dile que tú sabes donde habito y procura por todos los medios posibles traerlo aquí.

—¡Aquí! — exclamó Mendo.

—Sí; ¿han llegado ya todos mis escuderos?

—Diez estamos aquí, señor.

—Pues necesito que constantemente permanezcan cuatro en este sitio, y si viene Roberto no debe salir.

—Bien merece la muerte.

—Procurad no hacerle daño alguno, necesito servirme de él.

—Como gustéis.

—Ahora cada uno á cumplir con su deber.

Y despues de pronunciadas estas palabras, Galceran abandonó la torrecilla siguiéndole poco despues Guillen.

.

En virtud del encargo que recibiera del principe, el caballero catalan se dirigió inmediatamente hácia la casa que habitaba D.^a Juana.

Desde el momento en que penetró en ella, encorvó el talle, y afectando la voz de una manera suficiente á disimular su timbre natural, manifestó á los escuderos que iba de parte del principe D. Juan.

Merced á este nombre, franqueáronse inmediatamente las puertas del palacio.

Pocos momentos despues, el caballero se hallaba en presencia de la dama.

Esta fijó en el recién llegado una mirada llena de curiosidad primero, y de desagrado despues, puesto que el aspecto de Galceran, segun ya hemos dicho, tenia bien poco de simpático

—Traeis un mensaje de parte del principe D. Juan ¿no es cierto? —le dijo.

LA PASION DEL REDEMITOR

THE JOHN WILEY & SONS COMPANY

Copyright, 1900, by John Wiley & Sons, Inc.

PROFECTO

El presente libro es una traducción de la obra de M. G. de la Cruz, titulada "La Pasión del Redentor", publicada en Madrid en 1898. El autor de esta obra es un sacerdote de la Orden de San Agustín, y su obra es una de las más bellas y más interesantes que se han publicado en España en estos últimos años. El libro trata de la vida y de la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros. El autor trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la profundidad de la doctrina, lo que sucedió en el momento de la pasión y de la muerte de Jesús Cristo. El libro es muy interesante y muy útil para todos los que desean conocer más a fondo la vida y la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros.

El autor de esta obra es un sacerdote de la Orden de San Agustín, y su obra es una de las más bellas y más interesantes que se han publicado en España en estos últimos años. El libro trata de la vida y de la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros. El autor trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la profundidad de la doctrina, lo que sucedió en el momento de la pasión y de la muerte de Jesús Cristo. El libro es muy interesante y muy útil para todos los que desean conocer más a fondo la vida y la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros.

El autor de esta obra es un sacerdote de la Orden de San Agustín, y su obra es una de las más bellas y más interesantes que se han publicado en España en estos últimos años. El libro trata de la vida y de la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros. El autor trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la profundidad de la doctrina, lo que sucedió en el momento de la pasión y de la muerte de Jesús Cristo. El libro es muy interesante y muy útil para todos los que desean conocer más a fondo la vida y la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros.

El autor de esta obra es un sacerdote de la Orden de San Agustín, y su obra es una de las más bellas y más interesantes que se han publicado en España en estos últimos años. El libro trata de la vida y de la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros. El autor trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la profundidad de la doctrina, lo que sucedió en el momento de la pasión y de la muerte de Jesús Cristo. El libro es muy interesante y muy útil para todos los que desean conocer más a fondo la vida y la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros.

El autor de esta obra es un sacerdote de la Orden de San Agustín, y su obra es una de las más bellas y más interesantes que se han publicado en España en estos últimos años. El libro trata de la vida y de la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros. El autor trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la profundidad de la doctrina, lo que sucedió en el momento de la pasión y de la muerte de Jesús Cristo. El libro es muy interesante y muy útil para todos los que desean conocer más a fondo la vida y la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros.

El autor de esta obra es un sacerdote de la Orden de San Agustín, y su obra es una de las más bellas y más interesantes que se han publicado en España en estos últimos años. El libro trata de la vida y de la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros. El autor trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la profundidad de la doctrina, lo que sucedió en el momento de la pasión y de la muerte de Jesús Cristo. El libro es muy interesante y muy útil para todos los que desean conocer más a fondo la vida y la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros.

LA PASION DEL REDEMITOR

El presente libro es una traducción de la obra de M. G. de la Cruz, titulada "La Pasión del Redentor", publicada en Madrid en 1898. El autor de esta obra es un sacerdote de la Orden de San Agustín, y su obra es una de las más bellas y más interesantes que se han publicado en España en estos últimos años. El libro trata de la vida y de la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros. El autor trata de explicar de una manera sencilla y clara, pero sin perder de vista la profundidad de la doctrina, lo que sucedió en el momento de la pasión y de la muerte de Jesús Cristo. El libro es muy interesante y muy útil para todos los que desean conocer más a fondo la vida y la muerte de Jesús Cristo, y de la pasión que sufrió por nosotros.

LA PASION DEL REDENTOR,

POR JOSÉ PALLÉS.

Obra dedicada al Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia.

PROSPECTO.

Al ofrecer al público con la presente obra, la segunda de la sección religioso-recreativa, que inauguramos con la del mismo autor, titulada: *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, creemos hacer un relevante servicio á la Religión, á las letras, á las artes, y especialmente á las familias católicas, que buscan una lectura conforme en todo con sus sentimientos, y que al par que les edifique, les instruya, les moralice y les recree, tanto por lo menos como la novela de mayor interés.

La *Pasion del Redentor* que hoy anunciamos, es una obra original bajo todos conceptos. Fruto de profundos y concienzudos estudios, podemos asegurar que es un verdadero monumento levantado á la gloria del Catolicismo, monumento tan magnífico, que no conocemos otro igual entre las lenguas vivas de la culta Europa. Ni un detalle hay en *La Pasion del Redentor* que no sea perfectamente exacto; ni un tipo que no sea perfectamente histórico. Los personajes que entran en escena en el tremendo drama del Gólgota que desarrolla inimitablemente el Sr. Pallés, no son personajes fabulosos, no son creaciones del autor: son seres históricos evocados de la tumba, á quienes la pluma del Sr. Pallés revisita de nueva vida, para hacerlos pasar con todas sus virtudes, con todos sus defectos, con todo su interés dramático é histórico ante la vista del lector, que por unos momentos se cree trasladado á unos tiempos que pasaron, y á una nación que no existe ya.

Las leyes y las costumbres hebreas; la constitucion de los tribunales de los israelitas, y los personajes que los componian; los tipos y los lugares de las escenas que en esta obra se desarrollan; los esfuerzos que hacian unos para conducir el Redentor al patibulo, y los trabajos de los buenos para evitar tan inaudito crimen; el dulcísimo tipo del Redentor divino, siempre enamorado de los hombres, el tierno de la Virgen Madre, siempre llenos de lágrimas sus ojos, y siempre rebosando su alma el perfume de la santa conformidad; el ardentemente enamorado corazon de Magdalena, el generoso de Marcos, de Berenice y de Claudia Prócula, esposa de Pilatos, el sagaz y malvado de Anás, el tempestuoso de Onkelos siempre dominado por la ira y los propósitos de venganza, el vanidoso del maldito Caifás, y el hinchado y necio de Eleazar; el dulce de Juan el evangelista, el decidido de Simon Pedro y de Santiago, el repugnante de Judas Iscariote y de Malco, junto con la multitud de seres ora buenos, ora malos, que intervienen en el drama sangriento del Gólgota, todo esto pasa ante los ojos del lector sin perder nunca el interés dramático, y aumentando siempre el deseo de ver el fin. Aquí las lágrimas se deslizan insensiblemente de los ojos, allí el ánimo se llena de indefinible pavor, mas allá el horror se apodera del espíritu; aquí el alma se acongoja, allí flora la Madre de Dios, allá gime y suspira el Redentor; ora es la naturaleza la que se estremece, ora es un pueblo inconstante el que grita y pide la muerte del Mesias; siempre son las pasiones las que como tormentosas olas se levantan contra el divino Nazareno, y siempre es el divino Nazareno el que con su dulzura y amor abate el turbion de las pasiones que braman contra él.

La escesa delicadeza del autor en vista de tanto movimiento como hay en su obra, y de tanto personaje desconocido de la mayor parte de los hombres como interviene en ella, ha temido que le achacaran ese movimiento y esos personajes á creacion propia, y para evitarlo, y queriendo demostrar al mismo tiempo la gratitud que siente por el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia, á quien debe muchos favores, ha puesto el nombre glorioso del mencionado Cardenal en la primera página de *La Pasion del Redentor*, para que ese nombre le sirva de escudo contra los juicios que pudieran algunos formar acerca de la obra, achacando su accion interesantísima á la novela y no á la historia.

Esta casa editorial al ofrecer hoy al público *La Pasion del Redentor*, no ha vacilado en hacer cuantiosos desembolsos, para poner la parte material á la altura de la obra, y al efecto estrenará en ella un tipo, é irá ilustrada con veinte y cuatro primorosas láminas, comprendiendo estas los **RETRATOS DE JESUCRISTO Y DE LA VIRGEN MARIA, RETRATOS VERDADEROS, el uno sacado de una esmeralda en la cual hizo Tiberio grabar el busto del Redentor, y el otro de una pintura de san Lucas, que se conserva en la Catedral de Valencia.** Finalmente, se dará una **VISTA DE JERUSALEN Á OJO DE PAJARO de grandes dimensiones** tal como dicha ciudad se ballaba en tiempos de la Pasion, para que puedan seguir los lectores las escenas que en la obra se describen, teniendo delante dicha vista panorámica de la ciudad deicida.

Como esta casa editorial no gusta de prometer lo que no debe cumplir, remitimos el público á la obra que hoy anunciamos, para que se convenza hasta la evidencia de cuanta verdad se encierra en todo cuanto hemos dicho hasta aquí, restándonos solo añadir que **consideraremos suscritos á *La Pasion del Redentor*, á todos los suscritores de la obra *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, á no ser que dichos señores nos participen su deseo de no querer seguir siendo suscritores á la indicada serie de obras religioso-recreativas, que con tanto favor del público hemos empezado á dar á luz.**

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

LA PASION DEL REDENTOR constará de dos tomos en 4.º y de regulares dimensiones, que repartiremos en entregas de 8 páginas, dando ocho semanalmente, al infinito precio de UN CUARTILLO DE REAL cada una en toda España. Las láminas y la *Vista de Jerusalem* que la ilustrarán, y repartirán en el transcurso de la publicacion, serán GRATIS.

Puede cualquier particular suscribirse á esta obra, así como á las demás publicaciones de la casa, dirigiéndose á D. Eusebio Riera, acompañando el importe de lo que se pida en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería ú otro medio, y será atendido puntualmente. Tambien pueden adquirirse por medio de sus corresponsales.